

# Pitusín o la popularidad

La popularidad, es diosa que caprichosamente pone en las frentes de sus elegidos deslumbrantes luminosidades que atraen despóticamente las miradas de las multitudes. La distinción, será merecida o no, pero es inapelable. Por carecer de ella, personas de indiscutible mérito, obras de innegable valor, han naufragado en las aguas muertas de la indiferencia.

¡Pobres de los que se erigen en caudillos sin contar con este privilegio! Inútil asumir toda la fuerza; inútil, incluso hacer grandes méritos de positivo valor. Los que no poseen este don, que generalmente sólo depende del gesto o la figura, sólo conseguirán ser grotescos figurones, blanco de mofas más o menos manifiestas, o cuando más, odiosos cocos horripilantes.

Cuando alguien consigue la rara suerte de llegar al corazón del pueblo, éste, manifiesta su soberana elección espontánea e indudablemente. Las pomposas reclames, las estratégicas propagandas, son tan innecesarias como inútiles en el caso contrario.

La popularidad de Pitusín, en Valdepeñas, en Madrid, en todas partes donde se ha presentado, es un verdadero ejemplo tipo. La unanimidad e intensidad en el entusiasmo que despierta este gentil muñeco es cosa que ni habíamos contemplado en ninguna otra persona, ni aún hubiéramos acertado a imaginar. Mujeres, hombres y niños, con vehemencia extraordinaria se arremolinan para ver la graciosa imagen de Pitusín.

Fácil por demás hubiera sido a los redactores de IDEAL REVISTA, conseguir del pueblo un gracioso privilegio, una distinción popular, aunque hubiera sido injustificada. ¡Con qué mágica rapidez se hubieran conseguido múltiples pliegos de firmas espontáneas!

¿Sus méritos? Para nosotros el de ser el primer actor de la cinematografía española. Pero este detalle, no es apreciado por la mayoría del público ni le interesa.

Pitusín, es de piés a cabeza una infantil figura gentil y amabilísima. Dotado de la verdadera gracia (don divino) asume todos los atractivos. A su belleza facial de óvalo perfecto y grandes ojos expresivos une la escultura de un «apolo niño» y la apostura que la imaginación